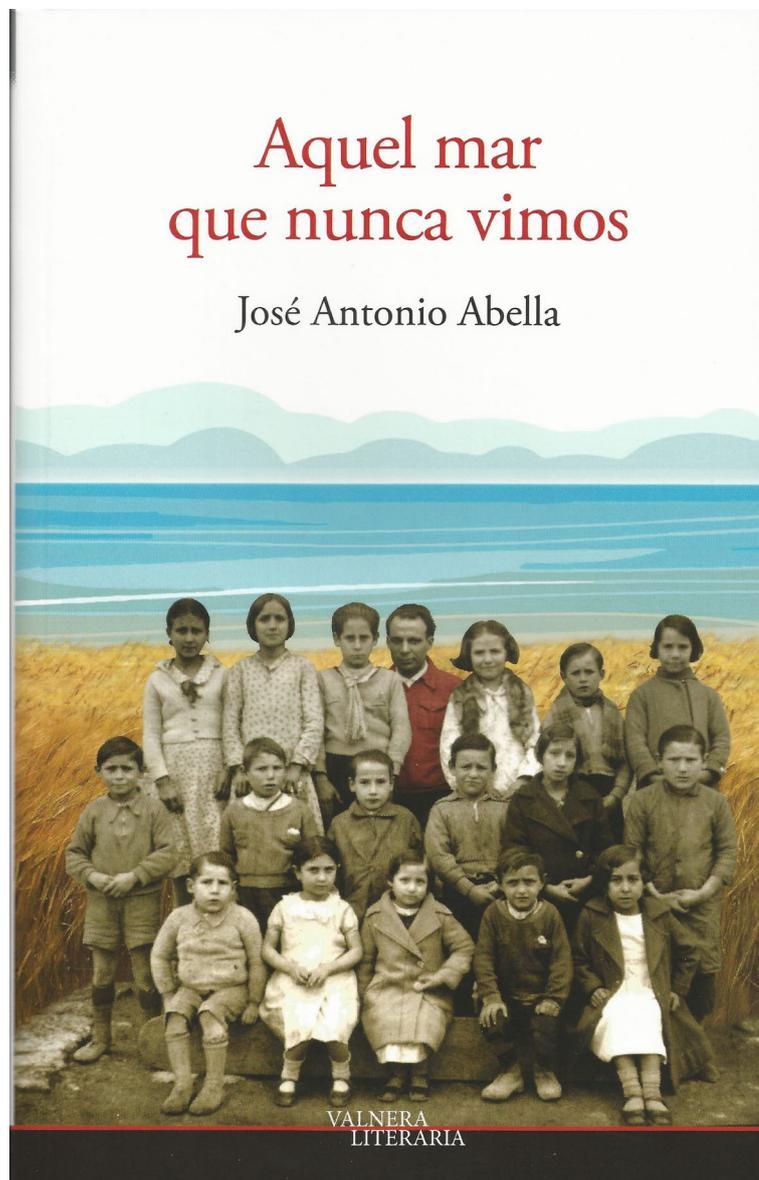


Aquel mar que nunca vimos

José Antonio Abella, *Aquel mar que nunca vimos*. Villanueva de Villaescusa (Cantabria), Ediciones Valnera, 2020, 532 pp.



De la vida profesional y el trágico final del maestro Antonio Benaiges y Nogués, fallecido en dramáticas circunstancias en el mes de julio de 1936, ya hemos recibido informaciones y comentarios en números anteriores de *Cabás*.

En el número 11 (junio de 2014, [enlace](#)), en un artículo que su autor, Juan González Ruiz, titula “En el año del burro: Platero, Freinet y un silencio desenterrado”, ya podíamos acceder a la biografía de ese maestro nacido en Montroig del Camp (Tarragona). En este artículo, se hacen refe-

rencias a la aparición de un libro (en 2012) y un documental (en 2013) sobre la vida de este docente.

Y en el número 21 (junio de 2019, [enlace](#)), dentro de la sección Experiencias, publicamos el escrito de Enrique Pérez Simón y Javier González Molero “*Asociación Escuela Benaiges de Bañuelos de Bureba (Burgos)*”, en el que se describen las actividades que se han ido desarrollando en esa localidad a partir de la recuperación del trabajo que realizó el citado maestro catalán en ese pequeño pueblo burgalés ([enlace a la página de la asociación](#)).

Ahora, un nuevo libro ha venido a aportar más datos sobre la tarea profesional desarrollada por Antonio Benaiges en Bañuelos de Bureba y sobre su trayectoria biográfica completa. Pudiéndose, a partir de este caso, confirmar el importante papel que, en términos generales, cumplieron algunos maestros en los años de la II República y en años anteriores y por qué la represión del nuevo régimen que se fue implantando desde julio de 1936 tuvo a los docentes en general, no solo a los maestros, en su punto de mira.

Por esto último, vamos a intentar utilizar, en el buen sentido de la palabra, este libro de José Antonio Abella *Aquel mar que nunca vimos* para sacar alguna conclusión acerca de la focalización de la represión durante los primeros años del franquismo sobre los cuerpos docentes, tratando de responder a tres preguntas generales a partir de la biografía de Antonio Benaiges: En primer lugar, si era tan grande la influencia de los maestros y maestras en esa época sobre los niños y niñas como para ser objeto de una represión tan sistemática por parte del franquismo que, salvo excepciones, no se aplicó a otras profesiones. En segundo, si la represión tuvo un objetivo meramente punitivo, por los actos supuestamente cometidos por los docentes a lo largo de los años previos al estallido golpista, o si tuvo también la pretensión de apartar de la docencia en el nuevo régimen que estaba comenzando a personas que se sospechaba, aunque no se tuviera pruebas, que podían ser ideológicamente poco afines y, por tanto, peligrosas. Y, en tercer lugar, si en la actualidad, con las lógicas adecuaciones, serían los docentes un grupo de personas a las que un hipotético régimen totalitario que se implantara de repente trataría de apartar de la actividad social o más bien a ese régimen no le importarían hoy en absoluto los maestros y maestras debido a su poca influencia sobre el pensamiento de los niños y jóvenes actuales y que serían otros grupos de profesionales -aunque no nos atrevemos a decir cuáles- a los que sí se intentaría reprimir en sus actividades.

Pues bien, las respuestas a esas preguntas llegarán al final. Y, antes de ello, recorramos con José Antonio Abella la vida de ese maestro que no pudo llevar a sus alumnos y alumnas de tierra adentro a ver ese mar que él sí tan bien conocía.

Aquel mar que nunca vimos podríamos calificarlo, si se nos exigiera hacerlo, de una “historia de vida” que permite realizar una explotación como si el autor trabajara con la técnica del estudio de caso; aunque José Antonio Abella señale que “no me atrevo a calificar a este libro de *novela*, ni de *documento*, ni de *novela documental*... Tampoco podría calificarlo de *memorias*, ni de *desmemorias*, ni mucho menos de *diario*... Otra parte, la de más valor sin duda, crece sobre encuentros y entrevistas... (y) sobre documentos de muy distinto cariz... Soy consciente, sin embargo, de que tal sustrato documental no convierte a esta obra en un libro de Historia (acaso sí de

historias, de las pequeñas historias que son la savia, o la sangre, de la Historia.” (p. 9). Resumiéndola el autor bajo el calificativo de “obra de género impreciso” (p. 10), acorde con su poco entusiasmo por el “encasillamiento cuadrículado de los géneros literarios”. (p. 217)

Y quizás esta duda sobre lo que realmente ha escrito a lo largo de las más de quinientas páginas de *Aquel mar que nunca vimos* le venga a José Antonio Abella de la relación tan peculiar que mantiene con las fuentes de gran parte del contenido del libro. Porque él va a investigar (incluyendo también en este caso el sentido “policial” de este verbo) sobre algo que sucedió cuarenta años antes de que trabajara como médico, recién licenciado, en el pequeño pueblo de la provincia de Burgos cercano a Briviesca llamado Bañuelos de Bureba. En esta localidad, sorprendentemente, a lo largo de los cuatro años que permaneció ejerciendo allí nadie le comentó nada del trabajo realizado desde su llegada en 1934 hasta su asesinato acaecido el 19 de julio de 1936 por un maestro llamado Antonio Benaiges: “¿Por qué nadie, cuando fui médico de Bañuelos, me habló de estas cosas? ¿Por qué han debido transcurrir casi cuarenta años para que me haga esta pregunta?” (p. 25).

José Antonio Abella, tras su paso por Bañuelos de Bureba, Carrias y Castil de Carrias (eras tres los núcleos que atendía) entre 1979 y 1983, desarrolló su actividad profesional en otros lugares. Pero quiso el destino que se enterara de la historia del maestro Antonio Benaiges de una manera casual (“Tuve la primera noticia de esta historia por la radio, en mi casa de Segovia. Me estaba preparando una taza de café, a media tarde, cuando escuché pronunciar el nombre de Bañuelos de Bureba en la emisora que tenía sintonizada”, p. 33) y que quisiera por ello el autor de *Aquel mar que nunca vimos* volver al lugar donde empieza a difundirse la historia trágica que sucedió con un maestro singular y donde él había estado ajeno a lo sucedido décadas atrás.

Y en su regreso a esos tres pueblos -aunque uno de ellos, Castil de Carrias, está ya en ruinas (como curiosidad, indicar que en este pueblo se rodaron exteriores de la serie *Gernika bajo las bombas*)- José Antonio Abella deja para el final el que es el objetivo de su vuelta: Bañuelos de Bureba.

En Bañuelos nunca entró en el edificio de la escuela, ya cerrada cuando él pasaba allí consulta. Pero ahora es lo primero que quiere hacer, ir a verla. Y, al llegar y ponerse frente a ella (p. 22), ve que han colocado una pequeña placa de metacrilato en la que puede leerse: “Escuela Antonio Benaiges. Respetemos al niño. Que sea niño y sienta, luego, la necesidad de ser hombre”. José Antonio Abella ya estaba en el lugar fundamental que iba a ser el punto de partida de su investigación, la escuela en la que ejerció un maestro venido de Cataluña feliz y “rebotante de pequeñas ideas que aleteaban en su cabeza como un enjambre de hormigas aladas” (p. 23) en ese su primer destino tras aprobar las pruebas de acceso al Magisterio. Un maestro nacido en la provincia de Tarragona que había ejercido ya como interino un poco más al norte de su Montroig del Camp natal, aunque sin abandonar el mismo mar, en Villanueva y La Geltrú, desde donde se puede contemplar la inmensidad de ese mar Mediterráneo al que iba a llevar, para que lo vieran, a sus alumnos de Bañuelos en el verano del 36. Sin embargo, el viaje nunca llegó a realizarse; y, en vez de ese descubrimiento de lo “muy grande, muy ancho y muy hondo” que sería el mar - como los niños habían impreso siguiendo las técnicas Freinet en una publicación de enero de 1936-, ellos sufrieron un súbito proceso de “inocencia perdida” (p. 56) muy anterior al que evo-

lutivamente hubiera sido el normal si los acontecimientos no se hubieran precipitado como sucedió en julio de ese mismo año.

Lo que los niños de la foto hecha por un fotógrafo desconocido (profesional que da título al documental realizado en 2013 por Alberto Bougleux y Sergi Bernal sobre Antonio Benaiges: *El retratista* [enlace a la página de la productora](#)) ocultaron años después de esa instantánea al entonces joven médico José Antonio Abella quiere ahora el autor de *Aquel mar que nunca vimos*, con las dificultades de la falta de datos con la que se va a encontrar, saberlo, llegar a reconstruir cómo era ese maestro catalán llegado desde el Mediterráneo al entonces para él lejano pueblo burgalés de Bañuelos de Bureba; que utilizaba, entre otras, las técnicas Freinet: “Mucho de lo que mis pacientes adultos nunca me dijeron está en esos cuadernos. Y mucho de lo que no pude preguntarles está entre sus líneas, escrito con tinta invisible, escrito con los silencios que siguieron al día en que unos falangistas de Briviesca mataron a su maestro. Una parte de la vida de esos niños y esas niñas murió con él. Ellos eran entonces demasiado pequeños para comprenderlo, pero en el silencio de su yo adulto debió de ser una verdad que no pudo quedar oculta, tan solo silenciada.” (p. 67)

Y esa reconstrucción, realizada por José Antonio Abella de manera admirable, en fondo y forma, va a ir consiguiendo a partir de los datos que, obtenidos por diversos medios, aparecen a lo largo de las páginas del libro, mezclándolos con reflexiones sobre el contexto de los hechos que se reproducen.

Desde el primer momento, el autor se va dando cuenta de que su tarea va a estar plagada de dificultades, que nos traslada en cada capítulo con la amenidad que solo los escritores con oficio como él saben llevar a cabo. Dificultades que tienen que ver con el tiempo transcurrido (los protagonistas directos que tuvieron contacto personal con el maestro Benaiges, básicamente los alumnos de la escuela que aparecen retratados en la foto que se reproduce también en la cubierta del libro, están en torno a los noventa años o algo más), con la reticencia -en algunos casos- de esos pocos supervivientes o de sus descendientes a hablar de tema tan dramático y, en tercer lugar, con la desaparición de pruebas documentales que hubieran facilitado mucho la tarea de hacer presente el pasado.

Las dificultades, y en ocasiones los fracasos en cuanto a la culminación exitosa en algunas de las búsquedas, los compensa de manera muy acertada, y original, el autor incluyendo al final del libro “Cuatro entrevistas apócrifas”: dos relacionadas con la que, supuestamente, era novia de Antonio Benaiges en Briviesca (pp. 459-481); una, con el hijo de un hipotético falangista que en los primeros años de la Guerra Civil participó en las *sacas* y *paseos* acaecidos en la zona de Briviesca (de él, dice su hijo que “era una persona recta, muy religiosa y muy trabajadora”, p. 487) (pp. 483-493) y la cuarta, una conversación con el propio Antonio Benaiges donde el entrevistado muestra su entusiasmo por la educación (pp. 495-510).

No es fácil destacar los momentos -y reflexiones del autor- más significativos que van apareciendo a lo largo de las páginas de *Aquel mar que nunca vimos*, porque José Antonio Abella es capaz de dar al relato una continuidad donde no se pierde el interés en ningún momento, sin altibajos, lo que hace que el lector, al menos el que esto escribe, quiera al acabar un capítulo seguir

rápidamente con el siguiente. Por esa característica, cuando se llega al final del libro se produce una cierta sensación de pena por no poder ya seguir leyendo más.

Destaquemos, a pesar de lo señalado en el párrafo anterior, algunas cosas, entre muchas que podríamos reseñar, que del libro de José Antonio Abella nos han llamado la atención:

-La mezcla de admiración y de odio hacia el maestro Antonio Benaiges por parte del hermano de una persona de Bañuelos fusilada por los falangistas por la única razón de ser amigo del maestro. Dice Abella: “Ni se perdona a sí mismo ni le perdona al maestro”. Y siempre será mirado en el pueblo como “hermano de un rojo fusilado” (p. 81).

-Lo que sobrecogen algunas declaraciones reflejadas en el expediente de depuración del maestro Benaiges y de otros docentes de la zona que José Antonio Abella consulta en el Archivo General de la Administración de Alcalá de Henares: “¡Cuánta pequeña ruindad...!” (p. 91). “¿Cómo expresar las sensaciones experimentadas al leer el expediente incoado al maestro de Bañuelos por la Comisión Depuradora del Magisterio de Burgos?” (p. 93). Y es que a todo el libro lo recorre el escalofrío del autor por haber nacido en un país donde sucedieron esos hechos que sacaron lo peor de la condición humana: “¿Soy yo ese? ¿Es esta mi patria, mi *terra pater*, la tierra de mis padres?” (p. 172).

Varias veces a lo largo de *Aquel mar que nunca vimos* señala José Antonio Abella que no se debe justificar en la Guerra Civil la represión efectuada en un bando por la constatación de la existencia también de represión en el otro bando. “Que la represión fue generalizada es algo innegable, pero no es un argumento que explique o justifique nada por sí mismo... una barbarie no se equilibra con otra barbarie... Los muertos de un lado y los del otro no se equilibran, se suman entre sí...” (pp. 158-159).

-La vocación tardía por el magisterio de Antonio Benaiges, obligada por la muerte prematura de su padre, a pesar de los vínculos familiares directos -era tío de su madre- con el pedagogo, periodista y político Agustí Sardà i Llavería, muy cercano a la Institución Libre de Enseñanza.

-La visita de José Antonio Abella a los lugares cercanos a Montroig en los que transcurrió la infancia y juventud de Antonio Benaiges para recabar datos sobre él hablando con sus familiares, entre ellos con su sobrina y ahijada, Elisa Benaiges, de la que se despide Abella con un beso y un abrazo, por los que “ya hubiese merecido la pena nuestro viaje.” (p. 245) El Mediterráneo, su luz, “el olor de la tierra recalentada por el sol, el canto de las primeras chicharras, la sensación del mar rompiendo en olas mansas...” que siente José Antonio Abella en Montroig (p. 235) contrasta con lo que experimentó en su vuelta a Bañuelos cuando estaba iniciando el trabajo de escribir un libro sobre el maestro del que nunca le hablaron durante su trabajo allí como médico: “Sobre el parabrisas del coche, en el cielo invernal, planea una pareja de milanos. Ni la carretera ni el paisaje han cambiado en estos cuarenta años. Lomas desnudas, los mismos arbustos raquíticos, los mismos cardos secos, el mismo silencio.” (p. 17) ¿Tanto nos influirá el paisaje y el clima?, podríamos preguntarnos. ¿Tanto como para asesinar a un maestro que quería llevar a unos niños burgaleses a ver el mar por primera vez? Quizás, se nos ocurre, casi todo lo que somos (y por lo que hacemos) se deba en el fondo a una respuesta a nuestro medio, o al menos en parte... De alguna manera, leyendo las páginas de *Aquel mar que nunca vimos* hemos intuido

que José Antonio Abella nos daría la razón en esto que acabamos de conjeturar: "...y me pregunto si él (Antonio Benaiges) también se preguntaba dónde hallarían el fin sus propios ojos, si alcanzó a pensar lo cerca que estaba, si llegó a imaginarse alguna vez que su tiempo no se detendría junto al mar azul de su Montroig natal, sino en las tierras ásperas y pardas de esa España oscura a la que ansiaba traer la luz del Mediterráneo, la luz de la cultura y la razón en que sentía -tal era su pasión y su inocencia- estarse transformando." (p. 59)

-Las muchas entrevistas, correos electrónicos, llamadas telefónicas, indagaciones cuasi policiales... que realiza el autor y que hacen de *Aquel mar que nunca vimos* un libro muy especial.

Y este carácter "especial" de la historia de vida realizada por José Antonio Abella sobre Antonio Benaiges puede servir de complemento muy apropiado a lo que podemos consultar en investigaciones realizadas con otras metodologías sobre la represión de los docentes en España durante y después de finalizada la Guerra Civil.

Afortunadamente, cada vez son más las publicaciones que sobre esta temática van saliendo a la luz.

En el Boletín Auriense de Orense (números 48/49) [enlace](#), podemos encontrar un detallado resumen sobre la historiografía de la depuración del magisterio en España durante el primer franquismo realizado por Jesús Manuel García Díaz.

Y, en concreto en *Cabás*, se han publicado sobre este tema específico, además de los dos citados al comienzo de esta reseña sobre Antonio Benaiges, los siguientes artículos:

-Enrique Gudín de la Lama, "Maestros cántabros en la Guerra Civil: La represión en cascada" (n.º 9, [enlace](#)).

-Joan M. Serra Sala, "Evolución de la enseñanza pública en Manresa durante la Segunda República y efectos de la represión franquista sobre el profesorado" (n.º 10, [enlace](#)).

Jesús Gutiérrez Flores, "Los Maestros en el ojo del huracán. Guerra Civil y Franquismo" (n.º 11, [enlace](#)).

-Miguel Ángel Martínez Martínez, "La depuración franquista del magisterio en las escuelas primarias de Carabanchel" (n.º 14, [enlace](#)).

-Sara Valdivieso Bermejo y Luis Torrego Egido, "Vivencias familiares de la represión franquista de un maestro renovador" (n.º 26, [enlace](#)).

Y las reseñas de los siguientes libros sobre esta temática:

-Manuel Reyes Santana y José Juan de Paz Sánchez, *La represión del Magisterio republicano en la provincia de Huelva* (n.º 2, [enlace](#)).

-Jesús Gutiérrez Flores, Fernando Obregón Goyarrola, Enrique Gudín de la Lama y Enrique Menéndez Criado, *Entre la espada y la pared. La represión del profesorado cántabro durante la Guerra Civil y la postguerra* (n.º 7 [enlace](#)).

-José Ramón Saiz Viadero (ed.), *El exilio republicano en Cantabria 70 años después* (n.º 18, [enlace](#)).

Pero, volviendo al libro de José Antonio Abella, decíamos al principio de esta reseña que nos planteábamos tres preguntas a las que, una vez revivida la biografía del maestro Antonio Benaiges (y por generalización, de otros muchos maestros y maestras españoles de la época), íbamos a intentar responder basándonos en lo que leyéramos en *Aquel mar que nunca vimos*.

La primera era si la influencia de los docentes de la primera enseñanza (y de otros niveles educativos) era tan grande como para que las autoridades del nuevo régimen impuesto por la sublevación militar les hicieran responsables de haber inculcado en las nuevas generaciones ideas perniciosas.

La respuesta debe ser que sí, que en esa época muchos maestros y maestras, como vemos en la actividad didáctica de Antonio Benaiges, estaban convencidos del valor de educar y de que era a través de la educación como se podría convertir España en un país mejor, más justo y más próspero.

Sí que es cierto que Antonio Benaiges añadía a su condición de maestro el haberse destacado como militante de izquierdas, lo que en opinión de José Antonio Abella fue lo que le costó la vida: No le mataron por ser maestro, “le mataron por ser de izquierdas, por ser un intelectual de izquierdas, por ser una persona destacada y sin pelos en la lengua. Era, además, una cabeza de turco perfecta: sin familia, sin raíces en la zona, anticlerical, revolucionario, presidente de la Casa del Pueblo... La consigna era sembrar el terror, que la gente supiera a qué atenerse si se oponía al Alzamiento” (p. 233), a partir de “directrices emanadas desde arriba”, organizada (la violencia de las izquierdas habría sido, señala Abella, más “fruto del desgobierno, del caos en la calle...”) (p. 158). En la conocida Instrucción Reservada del general Mola del 25 de mayo de 1936 queda patente la afirmación de José Antonio Abella: “Se tendrá en cuenta que la acción ha de ser en extremo violenta para reducir lo antes posible al enemigo (...), aplicándoles castigos ejemplares a dichos individuos para estrangular los movimientos de rebeldía o huelgas.”

Tenga o no razón José Antonio Abella, es claro que el añadir Antonio Benaiges a su condición de militante de izquierdas el ser maestro comprometido con la renovación pedagógica fue un elemento que provocó, unido a lo señalado un poco más arriba, su asesinato.

Sobre ello, sobre su compromiso docente, en la necrológica que dedica al maestro asesinado en Briviesca en la revista *Escola Proletària* de enero de 1937, que Abella transcribe, el también maestro, y gran amigo de Antonio Benaiges, Francisco Redondo (que escribe con el pseudónimo de Paco Itir), se puede leer: “¿Quién era Benaiges...? Sencillamente, un Maestro, el Maestro. Así: el Maestro. Ni más ni menos, ni menos ni más. El Maestro de Bañuelos de Bureba... Por eso, precisamente por eso, le asesinaron los fascistas. Los fascistas no han tenido nunca, ni han querido jamás Maestros; han gustado siempre de lacayos. Y al que sacudiéndose esta perra condición se ha elevado a la categoría de Maestro... lo han asesinado... No porque fuera socialista, o porque fuera comunista, o porque fuera anarquista, o simplemente sindicalista, no; por eso no lo han asesinado. Lo han asesinado porque era Maestro... Y en la Bureba, en los páramos, dos veces páramos de la Bureba, ha caído, no por otra cosa, conste, sino por ser Maestro únicamente, asesinado por la furia fascista convertida en carne y huesos y manos de hombre modorro de re-torcida inconsciencia hecha ignorancia y perversidad. Los que realizaron el hecho no sabían lo

que hacían; los que lo mandaron, lo sabían de sobra. Y nosotros hemos perdido, mejor dicho, nosotros no, la humanidad entera, así, como suena, ha perdido lo que tanto necesita: un Maestro que, acaso, y sin acaso hubiera sido inspirador y guía de otros muchos.” (pp. 135-137)

La escuela, y los maestros, iban a ser elementos determinantes del cambio social, cultural y económico para la II República. De ahí el proceso de represión, perfectamente estructurado, al que se les sometió. Y no para sustituirlos por otros docentes que inculcaran nuevos conceptos opuestos a los que se obligaron a quitar, sino para sustituirlos por un desierto conceptual de corte nacionalcatólico adornado de simbología falangista meramente formal.

Lo segundo que nos preguntábamos al principio era si la represión tuvo un objetivo meramente de venganza por la actuación en las aulas, básicamente durante los años de la República, de los docentes represaliados o si se pretendían también otras cosas.

La respuesta es muy clara: la represión de los docentes fue un acto de venganza, tal y como se señala en *Aquel mar que nunca vimos*; venganza llevada a cabo en los primeros momentos de la Guerra Civil de una manera visceral, en el bando de los sublevados por parte de falangistas y en el fiel a la República por personas incontroladas, como hemos indicado. Aunque, ya avanzando la contienda, en el bando de la denominada Zona Nacional la represión se organizó, como es sabido, desde la propia administración de forma muy sistemática.

No se pretendió, insistimos, con la represión de los docentes no afectos al golpe cambiar a docentes de una ideología por docentes de otra, la nueva que se quería implantar, sino más bien sustituir a los represaliados por personas que se sometieran fácilmente a los dictados de los nuevos dirigentes (los “lacayos” que señala Paco Itir). Basta leer lo que aparece en las justificaciones iniciales de la Ley sobre Educación Primaria de 1945 para darse cuenta de ello: “Cuando se quiebra la tradición pedagógica de nuestro siglo imperial, al advenir el mal llamado de las luces, con su cortejo exótico de frivolidades, de racionalismos y de impiedad, que produce su secuela en los años sucesivos de agitación política y revolucionaria, aún tiene fuerza España para alumbrar una nueva creación pedagógica...” ([enlace al BOE](#)).

Y lo tercero a lo que queríamos contestar era si a un hipotético régimen totalitario que se implantara en la actualidad le preocuparían los docentes como elementos que pudieran desestabilizar la situación impuesta, debido a su influencia social.

La respuesta es claramente negativa, porque el papel que cumplían muchos maestros y maestras durante la II República, y el entusiasmo que ponían en el ejercicio de la docencia -siendo ellos un elemento fundamental para transformar la sociedad-, es algo que no se puede encontrar, salvo excepciones, en los docentes actuales.

Para finalizar, recomendar la conveniencia de leer *Aquel mar que nunca vimos*. Poder adentrarse de manera tan detallada en la vida de un maestro que vivió los ideales de la renovación pedagógica que venían incubándose durante décadas en España es lo que nos facilita este libro. Alejado de los estudios, aunque sean estos necesarios, plagados de estadísticas sobre la represión de los docentes en este trágico periodo de nuestra historia, *Aquel mar que nunca vimos* nos aporta la complementaria visión de lo íntimo, de lo muy cercano, tanto como para poder revivir con el personaje central, Antonio Benaiges, época, paisajes, ilusiones.

José Antonio Abella ya publicó en 1992 su primera novela, *Yuda*. Desde entonces, han visto la luz otras novelas, relatos y ensayos. Y, además, ha desarrollado una destacada labor como escultor.

José Antonio González de la Torre
CRIEME

